

FERNANDO FLORES MAIO

LA BIBLIOTECA DE BORGES

Paripé Books
Editor: Patricio Binaghi

Diseño gráfico: Setanta

© Fotografías: Javier Agustín Rojas
© Fotografías de Borges en B/N: Alicia D'Amico
© Fotografía de Borges color: María Kodama

© Texto: Fernando Flores Maio
© Prólogo: María Kodama

Traducción: Leonardo Boix

Impresión: Agpograf Barcelona
Impreso en España

ISBN: 978-84-947238-7-2
Depósito legal: M-9187-2018

Agradecimientos del editor:
Fernando Flores por hacer el libro posible.
María Kodama por su generosidad.
Pablo Budeisky por ser el mejor partner.
Marina Pellegrini y Vasari.

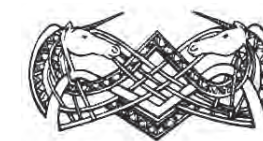
A la Fundación Internacional Jorge Luis Borges, por darnos esta oportunidad de conocer este valioso material.
Patricia Dickson y Nilda Ramos, por inculcarme el amor hacia Borges.
Natalia Flores y Borja Prieto, por hacer posible que nos conozcamos con Fernando Flores y María Kodama.
Pablo Carracedo.
Fran Lalanne.

paripebooks.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

FOTOGRAFÍAS DE JAVIER AGUSTIN ROJAS

PARIPÉ BOOKS
EN COLABORACIÓN CON



Fundación Internacional
Jorge Luis Borges

PRÓLOGO

A través de la lectura de los prólogos que Borges escribió a lo largo de su vida, nos damos cuenta de la variedad de autores que le gustaba ir descubriendo.

La mayoría de ellos son de origen inglés o norteamericano. Por supuesto encontramos también autores españoles, franceses, italianos. Citaré algunos de ellos: Rudyard Kipling, John Donne, William Blake, Bernard Shaw, T. S. Eliot; también están Almafuerte, Sarmiento, Enrique Banchs, Dante Alighieri, Kafka, Homero, Virgilio.

Pero lo que más encontramos en su biblioteca son libros sobre filosofía y religiones de la India, Japón, China, también una *Historia de la magia*, obras de Spinoza, su interés desde niño por los mitos griegos, sobre todo por el minotauro, y naturalmente la obra de Shakespeare.

Estos libros pertenecían a la casa de su abuela inglesa, y desde muy pequeño estaba familiarizado con ellos.

Borges siempre decía que sabía que a su abuela inglesa debía hablarle de una forma y de otra al resto de la familia; solo cuando creció supo que eran dos idiomas distintos, el inglés y el español.

A través de estas lecturas hechas desde su infancia podemos entender la profundidad de su escritura, que no se limita a contar una historia, sino que siempre apunta a otra dimensión, la de la profunda reflexión sobre lo que narra.

Recuerdo cuando estuvimos en Deià y él quería rendir homenaje a uno de sus autores preferidos, Graves.

Todos trataban de disuadirlo, diciéndole que estaba con la cabeza perdida, pero Borges dijo que iría de todos modos.

Al llegar, su mujer nos recibió con un gato de Abisinia; se lo dije a Borges, porque en ese momento nosotros teníamos una gata de la misma raza. La conversación, aún antes de presentarnos o saludarnos, giró alrededor de los felinos.

Luego nos condujo al living y yo nunca podré olvidar lo que vi, lo que sentí en ese momento.

Graves estaba en un sillón, y sentados en el suelo admiradores de toda edad y de distintos países, mirándolo en silencio, venerándolo como a un dios.

Cuando su mujer hizo que nos aproximáramos y le dijo que Borges y yo estábamos ahí porque lo admirábamos, Graves le dio la mano a Borges y besó la mía.

Borges estaba en lo cierto, podía comprender la realidad para diferenciar a Borges como un hombre y a mí como una mujer. Al salir recuerdo que los dos estábamos traspasados de una emoción sin nombre.

Espero que este libro invite a leer a esos autores que formaron a Borges para que nos diera su espléndida escritura.

MARÍA KODAMA

Jorge Luis Borges | Buenos Aires



BORGES, UNA FILOSOFÍA DE VIDA

FERNANDO FLORES MAIO

En la biblioteca personal de Borges, que se encuentra en la fundación que lleva su nombre, se observa que la mayoría de los libros tratan temas de filosofía y religión, y a través de esos autores es posible encontrar las claves de la filosofía de vida de este genio, que apunta a la felicidad.

No es nuevo este argumento, que ya tuve oportunidad de señalar como curador de la muestra *El atlas de Borges*, cuyas fotos nos muestran a un hombre feliz. Impresiona ver las imágenes de esa obra, escrita como se sabe por Jorge Luis Borges en colaboración fotográfica con María Kodama.

El autor de *El aleph* nos ha dejado una maravillosa biblioteca, de la cual solo podrán ver en estas páginas algunos ejemplares, que nos permiten descubrir las claves de esa felicidad.

Las lecturas de algunos filósofos y místicos son las que seguramente tuvieron una decisiva influencia en una obra que nos da un camino en el arte de vivir.

Los libros fotografiados en este libro son menos del cinco por ciento de los que atesora la fundación. Pero allí podemos encontrar pensamientos que nos pueden llevar a la felicidad.

Ya Borges en sus primeros escritos advertía que faltaban presentaciones válidas de lo eterno: de la felicidad, de la muerte, de la amistad. Y agregaba que ojalá existiera algún libro eterno. «Tus libros preferidos, lector, son como borradores de ese libro sin lectura final», decía. Y añadía que fue apasionadísimo su primer encuentro con el *Sartor Resartus* ('Sastre zurcido') de Tomas Carlyle; y que después fue mereciendo amistades escritas que lo honraban: Schopenhauer, Unamuno, Dickens, De Quincey, Quevedo⁽¹⁾.

Borges se sentía cerca de Wilde, como si fuera un amigo, de la misma manera que para él leer un libro de Cocteau era como «conversar con su cordial fantasma»⁽²⁾. En ese sentido, en el prólogo de *La Eneida* escribe: «Virgilio es nuestro amigo. Cuando Dante Alighieri hace de Virgilio su guía y el personaje más constante de la comedia, da perdurable forma estética a lo que sentimos y agradecemos todos los hombres»⁽³⁾.

La felicidad la encontró en los libros, de —por ejemplo— Thomas De Quincey, de quien escribe: «A nadie debo tantas horas de felicidad personal»⁽⁴⁾; de Enoch A. Bennett, de quien resalta las muchas felicidades que en su libro *Enterrado en vida* nos aguardan; de José María Eça de Queiroz, porque «la mente del lector hospeda con alegría esa imposible fábula»; de *El Mandarín*, de Montaigne, sir Thomas Browne o Stevenson, ya que descubrirlos «es una de las perdurables felicidades que puede deparar la literatura», como lo señala en el prólogo al libro de Robert Louis Stevenson *Las nuevas noches árabes. Markheim*. Borges escribió que una noche lo detuvo un desconocido en la calle Maipú y le agradeció haberlo hecho conocer a Stevenson. «Me sentí justificado y feliz. Estoy seguro que el lector de este volumen compartirá esa gratitud», reveló⁽⁵⁾.

En palabras de Borges «una forma de felicidad es la lectura; otra forma de felicidad menor es la creación poética»⁽⁶⁾. Son muchos los ejemplos que nos da: Henry James, que ensayó con «suma felicidad la novela y el cuento»⁽⁷⁾; Jean Cocteau, que conoció personalmente la misteriosa poesía y «la ejerció con felicidad»⁽⁸⁾; *La Eneida*, que cita como el extenso poema limado, línea por línea, con esa cuidadosa felicidad que advirtió Petronio («nunca sabré por qué») en las composiciones de Horacio⁽⁹⁾; Voltaire, a quien nunca abandonó la felicidad de escribir⁽¹⁰⁾; Emerson, que era, pese a una infección pulmonar, «instintivamente feliz»⁽¹¹⁾; y Lawrence de Arabia, de quien señala el «placer del ejercicio literario»⁽¹²⁾. Vemos fotos de libros con obras esos autores, o con ensayos sobre ellos —todos son parte de la biblioteca personal de Borges—, como el de Van Wyck Brooks, *The Life of Emerson* (The Literary Guild), de Cocteau: las *Obras Escogidas* (Editorial Aguilar), y T. E. Lawrence, *Seven Pillars of Wisdom* (World Books London).

pp. 24-25

p. 27

pp. 28-31

Esas amistades —que él fue cultivando al leer a sus autores preferidos— podemos conocerlas y hacerlas propias a través de los textos que leemos de Borges. En ese sentido, debemos agradecerle que nos haya presentado a tantos genios, que quizá no hubiéramos conocido si no fuera por esas lecturas.

De manera que entrar al lugar donde está la biblioteca personal de Borges es encontrar a todos esos amigos. Y para este libro tomamos casi al azar algunos de ellos (aunque como decía el autor de *El aleph* —inspirado seguramente en Spinoza—, en realidad no hay azar, ya que lo que llamamos azar es nuestra ignorancia de la compleja maquinaria de la causalidad)⁽¹³⁾.

MAGIA Y MÍSTICA

Es como entrar en un universo mágico, místico. Aunque él era agnóstico, señaló que los mejores cuentos sobrenaturales (*La vuelta del tornillo* de Henry James, *Donde su fuego nunca se apaga* de May Sinclair, *La pata de mono* de Jacobs, *La casa de los deseos* de Kipling, *El manuscrito encontrado en una botella* de Poe), fueron obra de escritores que negaban lo sobrenatural. La razón —argumentaba— es clara: «El escritor escéptico es aquel que organiza mejor los efectos mágicos»⁽¹⁴⁾.

Por ejemplo, nos encontramos con libros de Blake, y recordamos lo que Borges decía de él: «En ese autor la belleza corresponde al instante en que se encuentra el lector y la obra y es una suerte de unión mística»⁽¹⁵⁾.

Encontrarán en este ejemplar fotos de *William Blake. An Introduction*, de Anne Malcolmson (Harcourt, Brace & World Inc), de *Canti dell'innocenza e dell'esperienza* (Edizioni Studio Tesi), y del trabajo de Algernon Charles Swinburne *William Blake. A critical Essay* (Chatto & Windus).

p. 32

p. 33

pp. 34-35

Es esa mística la que hallamos en el espacio sagrado que es la biblioteca personal de Borges.

Pude hacer una experiencia similar a tirar las suertes virgilianas (la antiquísima costumbre de abrir una obra de Virgilio y tomar como un oráculo infalible lo que dijera el primer verso que apareciera), o sea, tomar un libro cualquiera y abrirlo al azar, para encontrar ese texto que

fue escrito para mí en un lugar del universo y que renace cada vez que se abre. Con la sospecha, casi certeza, que corresponde a un solo poema infinito.

Cuando ya tenía más de 50 años, en *La flor de Coleridge*⁽¹⁶⁾ Borges escribe que «Shelley dictaminó que todos los poemas del pasado, del presente y del porvenir son episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigido por todos los poetas del orbe». Y agrega: «Claro está que si es válida la doctrina de que todos los autores son un autor, tales hechos son insignificantes». Y luego: «Para las mentes clásicas, la literatura es lo esencial, no los individuos». Añade también que George Moore y James Joyce han incorporado en sus obras, páginas y sentencias ajenas; Oscar Wilde solía regalar argumentos para que otros los ejecutaran; «Ambas conductas, aunque superficialmente contrarias, pueden evidenciar un mismo sentido del arte. Un sentido ecuménico, impersonal».

p. 36

pp. 39-40

En este libro pueden ver fotos de *The Portable Coleridge*, de I. A. Richards (Penguin Book) y un trabajo de Hesketh Pearson, *The Life of Oscar Wilde*, ambos en la biblioteca de Borges.

pp. 88-91

Otras fotos corresponden al libro *Sartor Resartus*, de Thomas Carlyle (Chapman and Hall Ltd), de quien resalta el pensamiento: «La historia universal, escribirá Carlyle, es un texto que debemos continuamente leer y escribir y en el que también nos escriben. Esa perturbadora sospecha de que somos cifras y símbolos de una criptografía divina, cuyo sentido verdadero ignoramos, abunda en los volúmenes de León Bloy y los cabalistas la conocieron»⁽¹⁷⁾.

pp. 43-45

pp. 46-48

pp. 50-52

pp. 54-55

pp. 58-59

pp. 60-63

También está la Biblia. Hay fotos de varios libros al respecto: *Cambridge Bible for Schools and Colleges* (Introducción y notas de Herbert E. Ryle), *Biblical Things not Generally know* (Dick & Fitzgerald Publishers), *I Libri poetici della Bibbia*, de Saverio Mattei (Editado por Giuseppe Maria Porcelli), *The Apocryphal New Testament* (Oxford at the Clarendon Press), *The New Testament* (The Gideons International), *The New English Bible* (Oxford University Press. Cambridge University Press), *A Complete Concordance to the Holy Scriptures of the Old and New Testament*, de Alexander Cruden (Thomas Wardle), y *Theology and Philosophy. Leibniz's Philosophical Writings*, de Ernest Rhys (J. M. Dent and Sons).

p. 42

pp. 56-57

pp. 66-67

pp. 64-65

pp. 68-69

Pero si bien Borges tiene un gran interés por la Biblia, es un interés literario. Y esto vale también para otros libros que encontramos su biblioteca personal, como *The I Ching or the Book of Changes* (Pantheon Books), del cual también tomamos fotos. Y es el mismo interés que puede mostrar en , por ejemplo, la mitología celta (al respecto encontramos un volumen de *The Tain*, Dolmen Editions), o en los mitos griegos, como el libro de Robert Graves *Greek Myths* (Cassell & Company). O en otras de sus lecturas que tienen que ver con el más allá o las religiones, como los libros: el de W. Y. Evans-Wentz, *The Tibetan Book of the Dead* (Oxford University Press), el de Paul Deussen, *The Religion and Philosophy of India. The philosophy of the upanishads* (T. & T. Clark), *The Koran* (Frederick Warne and Co), el de John Dowson *A Classical Dictionary of Hindu Mythology and Religion, Geography, History, and Literature* (Routledge & Kegan Paul LTD), *The Sacred Books of East* (Oxford at the Clarendon Press), y el de Farid al-Din Attar *Muslim Saints and Mystics* (Routledge & Kegan Paul LTD).

pp. 76-77

p. 82

Pero volviendo a la Biblia, Borges explica que su nombre griego es plural, significa los libros. La define como una biblioteca de los libros fundamentales de la literatura hebrea or-

denados sin mayor rigor cronológico y atribuidos al Espíritu, al Ruach. Agrega que abarca la cosmogonía, la historia, la poesía, las parábolas, la meditación y la ira profética. Los diversos autores corresponden a diversas épocas y a diversas regiones. Son, para el piadoso lector, meros amanuenses del Espíritu, que determina cada palabra y, según los cabalistas, cada letra y su valor numérico y sus posibles o fatales combinaciones. Para Borges el más curioso de esos textos es el libro de Job, donde la obra «se limita a ofrecernos espléndidas metáforas»⁽¹⁸⁾.

Se podría decir que Borges está sugiriendo un camino, o un juego: buscar las letras adecuadas, aquellas que nos llevan al arquetipo, ya que el nombre es el arquetipo de la cosa. Quizá en el arquetipo, en el nombre, también sea posible hallar esa presencia que desciende fugazmente. Por eso Borges habla mucho de los cabalistas, que se dedicaron a las permutaciones de letras y a complejas variaciones para alcanzar el Nombre que es la Clave. El objetivo era penetrar los arcanos de Dios⁽¹⁹⁾.

Entre las fotos de los libros vemos el de S. L. Macgregor Mathers, *The Kabbalah Unveiled* (Routledge & Kegan Paul Ltd), y el de Christian D. Ginsburg, *The Kabbalah* (George Routledge & Sons Limited).

pp. 84-85

pp. 86-87

OTRA FORMA DE FELICIDAD: CREAR

Verán en este libro varias obras de Rudyard Kipling presentes en la biblioteca de Borges: *From the Sea to Sea* (Macmillan and Co), *Rudyard Kipling's Works* (A.L. Burt Publisher), *Just so stories* (Macmillan London), y *Rudyard Kipling and his world* (Thames and Hudson).

p. 94

p. 93

p. 95

p. 92

Sobre Kipling, en el prólogo a sus relatos, Borges escribe: «Una obra tan diversa presupone muchas dichas y muchos pesares que no sabremos nunca y que no debemos saber».

Pero de Browning, del cual en esa biblioteca encontramos *Poetical Works 1833-1964* (London Oxford University Press), aprendemos que no importa la ventura ni la desventura. Lo que importa es crear, como leemos en el poema «Browning resuelve ser poeta»:

pp. 96-97

Si una mujer comparte mi amor
mi verso rozará la décima esfera de los cielos concéntricos;
Si una mujer desdeña mi amor
haré de mi tristeza una música,
un alto río que siga resonando en el tiempo.⁽²⁰⁾

Encontramos además en la biblioteca a Enrique Banchs con *Prosas* (Academia Argentina de Letras. Compilación y estudio preliminar de Pedro Luis Barcia). Es otro ejemplo que cita Borges de una historia de amor desafortunada que llevó a ese escritor a una obra admirable. Sobre él Borges escribió este poema:

p. 98

La equívoca fortuna / hizo que una mujer no lo quisiera; / esa historia es la historia de cualquiera / pero de cuantas hay bajo la luna / es la que duele más. Habrá pensado /

en quitarse la vida. No sabía / que esa espada, esa hiel, esa agonía, / eran el talismán que le fue dado / para alcanzar la página que vive / más allá de la mano que la escribe / y del alto cristal de catedrales. / Cumplida su labor, fue oscuramente / un hombre que se pierde entre la gente; / nos ha dejado cosas inmortales.⁽²¹⁾

pp. 100-103

Siguiendo con los ejemplos y los libros que encontramos en la mencionada biblioteca personal descubrimos *Paradise Lost*, de John Milton (Macmillan and Co), del cual podemos ver algunas fotos. Borges habla de un poeta griego ciego, Tamiris, cuya obra se ha perdido, y que él conoce principalmente por una referencia de Milton, otro ilustre ciego. Precisamente a Milton lo coloca como un ejemplo (mucho más importante que el de él) de un hombre que se sobrepone a la ceguera y que ejecuta su obra: «*El Paraíso perdido, El Paraíso recuperado, Samson Agonistes*, los mejores sonetos que escribió, parte de la *Historia de Inglaterra*, desde los orígenes hasta la conquista normanda»⁽²²⁾.

Si para Borges el amor, correspondido o no, lleva a crear, lo más importante es el fruto de esa creación. La meta última del poeta es el poema, el libro infinito. Para llegar a ese objetivo el camino es difícil; está lleno de dolores, de humillaciones. Pero ese es el alimento de los héroes que permite crear⁽²³⁾.

Hay una coincidencia entre el pensamiento de Borges y de Kipling, que es central para entender el camino de la felicidad.

ÉXITO O FRACASO

Borges me lo explicó personalmente en una entrevista que le hice para la revista *Panorama* en los años 70: «El éxito y el fracaso son dos impostores».

Me dijo: «La gente suele estar muy apegada a sus hábitos, a su persona. La gente cree en el fracaso o en el éxito. Yo descreo de los dos. Yo pienso con Kipling que el fracaso o el éxito son dos impostores. O sea que nadie fracasa tanto como cree ni nadie tiene tanto éxito como imagina. Yo prefiero ser feliz a ser desdichado, pero me doy cuenta que eso no es importante. Nunca me preocupó el éxito o el fracaso de mi obra. Cuando yo publiqué mi primer libro, *Fervor de Buenos Aires* (1923) mi padre me pagó la impresión de trescientos ejemplares y no lo mandé a ningún diario ni lo llevé a ninguna librería porque decía, ¿a quién puede interesarle lo que yo escriba? En aquel tiempo la gente pensaba menos en el éxito y en el fracaso».

Es un tema en el que insiste. En *Un ensayo autobiográfico* escribió: «En cuanto al fracaso o la fama, son totalmente irrelevantes, y nunca me preocupó por ellos. Lo que busco ahora es la paz, el disfrute del pensamiento y de la amistad, y aunque sea demasiado ambicioso, la sensación de amar y ser amado»⁽²⁴⁾.

Poco podemos, como predicaba el sabio místico católico Ignacio Larrañaga. El sacerdote capuchino argumentaba que desde antes de nacer el ser humano trae escrita en sus entrañas la historia de su vida en sus rasgos generales. Efectivamente, marcadas allá, en las últimas unida-

des vivientes llamadas genes, trae el hombre, grabadas en cables cifrados, las tendencias fundamentales que conforman el entramado de una personalidad. Una amplia exposición teórica y técnica sobre esta materia se encuentra en su libro *Del Sufrimiento a la Paz* ⁽²⁵⁾, y de esa exposición doctrinal se deduce que las parcelas de opción son pequeñas, que si bien la libertad existe y funciona, está, sin embargo, condicionada en amplias zonas de nuestra personalidad y que, en fin, podemos muy poco.

Curiosamente esta visión de un ferviente místico, muy respetado por los católicos, coincide con el pensamiento de un agnóstico que escribió mucho sobre misticismo, Borges, y con un filósofo que creía en Dios desde un enfoque absolutamente intelectual.

En una conferencia que dio Borges el año anterior a morir ⁽²⁶⁾, habló sobre uno de los filósofos que más admiró, Baruch Spinoza, en quien el autor de *El aleph* confesó haber vislumbrado algo vastísimo, algo misterioso como la música, misterioso como su Dios. En esa conferencia explicó que según Spinoza, cada uno ha sido condicionado por la Divinidad para una serie de hechos. Y esos hechos son paralelos. Para Spinoza, Dios es una sustancia infinita que consta de un número infinito de atributos. Uno de ellos es el espacio, o lo que llama la extensión, y el otro el tiempo, o lo que llama el pensamiento. Pero, además, hay un número infinito de otros atributos. A nosotros solo se nos ha dado sentir dos: el espacio y el tiempo. Pero, paralelamente, en otra serie ocurren infinitas otras cosas que ni siquiera podemos concebir. Y eso vendría a ser el Universo. De ser así, cada uno de nosotros ha sido condicionado, y ninguno de nosotros merece ser castigado, o premiado. Con eso se borra la idea del Infierno o del Cielo. Somos autómatas condicionados para un fin, y nuestro arduo deber es el amor de Dios, que vendría a ser no el amor de un Ser, sino el amor de todo este sistema. En cuanto a Dios, Spinoza le concede la imaginación; Dios imagina hasta el más ínfimo detalle de nuestras vidas, que además conciernen a todos los atributos infinitos. Y entonces Spinoza aconseja a los hombres no arrepentirse, y también serenidad, si es que depende de nosotros la serenidad.

En esa conferencia Borges de repente recordó una estrofa de Fray Luis de León: *Vivir quiero conmigo / gozar quiero del bien que debo al Cielo / a solas sin testigo / libre de amor, de celo / de odio, de esperanza, de recelo*. Y Borges comentó: «Libre de amor, ya que el amor es una pasión, una pasión que nos inquieta, y puede aniquilarnos. Luego, de celos, de odio, de esperanza, de recelo. Pero, como esos atributos son de algún modo imaginarios, ya que no agotan la sustancia divina, Spinoza dice que los hombres deben tratar de liberarse de la esperanza y del temor, que se parecen tanto».

CULPA O INOCENCIA

En *Los conjurados* Borges resume los deberes de todo hombre de ser justo y ser feliz. Lo advierte al referirse a Caín y a Abel. Pero en *Otro fragmento apócrifo* ⁽²⁷⁾ la condición que debe cumplirse para que se dé ese objetivo es buscar la salvación y dejar atrás la culpa. ¿Estás seguro de ser aún aquel hombre que dio muerte a su hermano? le preguntan al discípulo, que contesta: «Ya no entiendo la ira que me hizo desnudar el acero». Entonces le dijo el maestro: «Tú no eres aquel asesino y no hay razón alguna para que sigas siendo su esclavo. Te incumben los deberes de todo hombre: ser justo y ser feliz. Tú mismo tienes que salvarte. Si algo ha quedado de tu culpa yo cargaré con ella».

Para él, feliz es «El que perdona a los otros y el que se perdona a sí mismo. Los actos de los hombres no merecen ni el fuego ni los cielos» ⁽²⁸⁾.

pp. 104-105

pp. 106-107

Sobre este tema buscamos algo de Spinoza en la biblioteca personal de Borges, y encontramos el libro de E. M. Curley *Spinoza's Metaphysics: An Essay* (Harvard University Press, Cambridge), y el de Victor Delbos *Le Spinozisme* (Société Française d'Imprimerie et de Librairie), y recordamos que «Spinoza condenó el arrepentimiento, por juzgarlo una forma de la tristeza; Almafuerde, el perdón. Lo condenó por lo que hay en él de pedantería, de condescendencia altanera, de temerario Juicio Final ejercido por un hombre sobre otro» ⁽²⁹⁾. Y encontramos también un libro de Almafuerde, *Obras Completas*.

pp. 108-109

Así como Borges nos libra del hiriente sentido de culpa que nos inculcó la civilización occidental y cristiana, también nos quiere liberar del imperativo de éxito a que nos obliga una cultura en la cual, o tenemos la corona de gloria del éxito, o la corona de espinas del fracaso. El modelo que nos han legado es el de los triunfadores. Todo se justifica con tal de lograr la fama, tener la más sofisticada tecnología o pertenecer a los prestigiosos círculos del poder y del dinero. El que no trepa a esa posición merece los otros infernales círculos de la exclusión.

Para Borges, en cambio, todas las empresas del hombre son vanas, una victoria no es menos terrible que una derrota, las heroicas mortificaciones no tienen demasiado sentido, el hombre es un ser demasiado frágil y tal condición lo lleva a la humillación más que al esplendor.

En *Fragmentos de un Evangelio apócrifo* escribe que feliz es: «El que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen. Los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque estas darán luz a sus días». Y «El pobre sin amargura o el rico sin soberbia. Los valientes, los que aceptan con ánimo parejo la derrota o las palmas» ⁽³⁰⁾.

«A mi edad, uno debe ser consciente de sus límites, pues este conocimiento puede conducir a la felicidad», confiesa a los 71 años, en *Un ensayo autobiográfico* ⁽³¹⁾.

EL BIEN Y EL MAL

Como en el shinto, en la obra de Borges el bien y el mal se alternan continuamente. Los espíritus del mal actúan alrededor del hombre, pero no provocan grandes crisis espirituales por la convicción de que el dolor es temporal y solo el bien es absoluto y positivo. El hombre del shinto exalta la vida y habla con los espíritus que siente a su lado.

Borges, con una concepción más cercana al shinto, reconoce la polaridad inherente a la naturaleza humana, pero no llega a una concepción dualista o a una tajante separación entre el bien y el mal. La bondad parece que triunfará.

pp. 110-111

pp. 112-113

También lo observamos en otros libros que podrían haber influido en sus concepciones, de los cuales vemos fotos, como el de Samuel Beal, *Buddhist Records of the Western World* (Kegan Paul, Trench, Trübner & Co. Ltd), y el de Kiyooki Murata *Japan's New Buddhism* (Walker/Weatherhill).

Incluso para Borges enamorarse es crear una religión cuyo dios es falible. En esa expresión está más cerca del shinto, donde el amor no es condenado en virtud de prescripciones sociales, como explica en un libro el profesor Walter Gardini⁽³²⁾. La libertad es fruto de una supuesta bondad natural del hombre y de una visión idealista y romántica tendiente a complacer a la otra parte. El aspecto emocional es predominante, mientras que pasan a segundo orden las preocupaciones metafísicas o éticas. En el shinto no existe la creencia en la expulsión de un reino de felicidad con consecuencias negativas para toda la humanidad. «Por naturaleza el hombre es esencialmente bueno como el mundo en que vive. Este es el mundo de los Kami. El mal no puede tener origen en el hombre o en este mundo. Es un intruso. El mal viene de afuera, del mundo de las tinieblas, de los espíritus malos». Con estas palabras Ono ha enunciado una de las tesis más constantes del shinto.

«Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente»⁽³³⁾, confiesa Borges en el prólogo a su última obra, *Los conjurados*. Aunque paralelamente advierte: «Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas pero no la felicidad»⁽³⁴⁾.

Esa inocencia se respira en toda la obra de Borges. Incluso en un poema que a él no le gustó nunca mucho, «El remordimiento», escrito en un momento muy triste. Dice que defraudó a sus padres, que no cumplió su voluntad. Sin embargo hay algo de contradictorio, que lo redime, aunque parece una confesión de culpa: Mi mente / Se aplicó a las simétricas porfías / Del arte, que entreteje naderías⁽³⁵⁾.

Esas porfías del arte son las que lo salvan de un pecado que en realidad no cometió, ya que nadie es demasiado pecador, ni inocente del todo, porque todos somos en definitiva inocentes de nuestro monstruoso origen, como comentaba María Kodama al escribir sobre el minotauro en la obra de Borges⁽³⁶⁾. Sintió remordimiento, porque somos mezcla de bien y de mal. Pero también él sabía que su destino era ese, las simétricas porfías del arte. Le legaron valor, y no fue valiente. Pero la humillación para él es el secreto alimento de los héroes y es lo que le permitió crear⁽³⁷⁾.

Por otro lado, la visión de la realidad que ofrece Dante es muy distinta a esa inocencia que se trasluce en la obra de Borges y en varios de sus autores preferidos. Se evidencia cuando Borges se refiere a la *Divina Comedia*, de la cual encontramos varios libros en las fotos que incluimos en esta obra, como la edición de W. M. Jackson (con estudio preliminar de Borges), las de J. M. Dent, de Leonardo y de Rizzoli, y el libro de Richard Boozman, *Dantes Werke* (Max Heffes Verlag).

Escribe que «de labios de Virgilio oye Dante que aquel no entrará nunca en el cielo, pero inmediatamente le dice maestro y señor, ya para demostrar que esa confesión no aminora su afecto, ya porque, al saberlo perdido, lo quiere más. Un maestro en el infierno, que para Dante merece todo el afecto. Como en el negro huracán del segundo círculo, le inspira admiración, y quizá envidia, el amor de Paolo y Francesca, y quiere conocer la raíz de ese amor. Descubre que los dos se querían y lo ignoraban. Su amor les fue revelado por una lectura casual»⁽³⁸⁾.

INFIERNO O PARAÍSO

A Borges seguramente no lo convence la clasificación que hace Dante. Recuerda a comentadores antiguos, por ejemplo Iacopo della Lana, que explica: «Por considerar el poeta que la vida humana puede ser de tres condiciones, que son la vida de los viciosos, la vida de los penitentes y la vida de los buenos, dividió su libro en tres partes, que son el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso»⁽³⁹⁾.

Pero el esquema de Dante no parece ser adecuado ni siquiera para el autor. Así al referirse a «El noble castillo del canto cuarto» dice que Homero, Horacio, Ovidio y Lucano son proyecciones o figuraciones de Dante, que se sabía no inferior a esos grandes, en acto o en potencia. Son grandes sombras veneradas que reciben a Dante en su cónclave. Han leído la *Iliada* o la *Farsalia* o escriben la *Comedia*. Son magistrales en el ejercicio de su arte y, sin embargo, están en el Infierno porque los olvida Beatriz⁽⁴⁰⁾. Vemos en las fotos el libro de Alfonso Reyes *La Iliada de Homero* (Fondo de Cultura Económica).

Nos ocupamos a continuación de otro autor presente en la biblioteca personal de Borges, Joseph Conrad, de quien vemos fotos de su obra *Chance* (J. M. Dent and Sons). Si bien Borges hace una profunda reflexión sobre el infierno y el paraíso al analizar la *Divina Comedia*, le interesa internarse en los infiernos no solo de Dante, sino de otros, como Conrad y de Swedenborg.

En el prólogo al libro de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas. Con la soga al cuello*, escribe: «Obra del divino poder, de la suma sabiduría y, curiosamente del primer amor, el Infierno de Dante, el más famoso de la literatura, es un establecimiento penal en forma de pirámide inversa, poblado por fantasmas de Italia y por inolvidables endecasílabos. Harto más terrible es el de Heart of Darkness, el río de África que remonta el capitán Marlow, entre orillas de ruinas y de selvas y que bien puede ser una proyección del abominable Kurtz, que es la meta. En 1889, Teodor Josef Konrad Korzeniowski remontó el Congo hasta Stanley Falls; en 1902, Joseph Conrad, hoy célebre, publicó en Londres Heart of Darkness, acaso el más intenso de los relatos que la imaginación humana ha labrado»⁽⁴¹⁾.

Dante, como Borges señala en el prólogo de *El cementerio marino*, de Paul Valéry, desconoció la «propicia inseguridad» de Valéry, San Pablo, sir Thomas Browne (vemos fotos de libros de este autor, Ed. John Grant), Whitman, Baudelaire o Unamuno. Solo tuvo «una estricta certidumbre», «con sus reparticiones brutales de condenación y de gloria»⁽⁴²⁾.

Esa «propicia inseguridad» se observa en alguien que era agnóstico, Borges, y está fundamentada siempre en la duda más que en las certezas. «Feliz el que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen», escribió Borges en su *Evangelio apócrifo*⁽⁴³⁾. Lo contrario, la «estricta certidumbre» lleva muchas veces al fundamentalismo y a condenar a los demás.

Borges estuvo, «... como Dante y como todos / Los hombres, en el raro Paraíso / Y en los muchos Infiernos necesarios», como escribe en *The thing I am*⁽⁴⁴⁾.

EL AMOR

Pero a veces no es fácil distinguir dónde está el infierno y dónde el paraíso. Volvamos al caso de los dos amantes que Dante halla en el Infierno. Borges advierte que Dante envidia a Paolo y Francesca. Están en el Infierno, él se salvará, pero ellos se han querido y él no ha logrado el amor de la mujer que ama, de Beatriz. Los dos réprobos están juntos, no pueden hablarse, giran en el negro remolino sin ninguna esperanza, ni siquiera, nos dice Dante, la esperanza de que los sufrimientos cesen, pero están juntos. Están juntos para la eternidad, comparten el Infierno y eso para Dante tiene que haber sido una suerte de Paraíso, remarca Borges⁽⁴⁵⁾.

Borges coloca el acento en ese aspecto humano, que muchas veces los cristianos olvidaron, al armar esquemas en que la distancia entre el hombre y Dios parece casi insalvable. Es lo que Borges le critica a Dante. Dice que en la *Divina Comedia* hay un personaje que falta y que no podía estar porque hubiera sido demasiado humano. Ese personaje es Jesús. No aparece en la *Comedia* como aparece en los Evangelios: «El humano Jesús de los Evangelios no puede ser la Segunda Persona de la Trinidad que la *Comedia* exige», advierte⁽⁴⁶⁾.

Le reprocha a Dante que si hubiera coincidido siempre con el Dios que imagina, se vería que es un Dios falso, simplemente una réplica de Dante.

Borges le dice que tiene que aceptar el mal del mundo al mismo tiempo que tiene que adorar a ese Dios que no entiende⁽⁴⁷⁾.

El amor, para Borges, es una historia difícil, que transcurre en un laberinto que puede ser monstruoso, y también fascinante. Este es laberinto de Creta cuyo centro fue el minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones como María Kodama y yo nos perdimos en aquella mañana y seguimos perdidos en el tiempo, ese otro laberinto⁽⁴⁸⁾.

Un amor que lleva a perderse en extraños laberintos, donde siempre se encuentra al minotauro.

LA FELICIDAD O EL TORMENTO

El tema es de qué lado quedamos parados ante los dramas de la vida: del de la felicidad o el del tormento. Y aquí nos encontramos con otro libro en la biblioteca personal, que refiere a Oscar Wilde, el de St John Ervine, *Oscar Wilde. A* (George Allen & Unwin LTD).

Es uno de los escritores preferidos por Borges, quien reconoce que la gloria de Oscar Wilde está vinculada a la condena y la cárcel, pero que el sabor fundamental de su obra es la felicidad⁽⁴⁹⁾ y cita en ese sentido a Hesketh Pearson⁽⁵⁰⁾, del cual vemos fotos de su libro *The Life of Oscar Wilde* (Methuen & Co. LTD). Wilde le dijo a André Gide en sus últimos años: «Yo quería conocer el otro lado del jardín», pero algo joven y divino había en él que rechazaba esas desdichas⁽⁵¹⁾.

En *Fragmentos de un Evangelio apócrifo* Borges propone: «Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria. No basta ser el último para ser alguna vez el primero».

Hay un rechazo de las flagelaciones masoquistas que acompañan perversamente al cristianismo a lo largo de su historia. En cambio, en ese Evangelio apócrifo su autor afirma: «Si te ofendiere tu mano derecha, perdónala; eres tu cuerpo y eres tu alma y es arduo, o imposible, fijar la frontera que los divide».

Hay una reinterpretación positiva del hombre, que niega esa visión castrante de gran parte de la ortodoxia eclesial católica. «No juzgues al árbol por sus frutos ni al hombre por sus obras; pueden ser peores o mejores», leemos en el *Evangelio apócrifo*.

DIOS ESTÁ HACIÉNDOSE

El tema del bien y del mal remite necesariamente a Dios: ¿Por qué existe el mal? ¿Por qué Dios lo permite? Y tantos otros interrogantes.

pp. 144-145

pp. 146-147

Quizá una respuesta la da Bernard Shaw, de quien en la biblioteca personal de Borges encontramos *What I Really Wrote About the war* (Constable and Company Limited) y el libro de Margaret Shenfield *Bernard Shaw. A pictorial biography* (Thames and Hudson).

Hay un concepto que Borges resalta en Bernard Shaw, quien dijo «God is in the making» ('Dios está haciéndose'). Dios es algo que no pertenece al pasado, que quizá no pertenezca al presente: es la Eternidad. Dios es algo que puede ser futuro: si nosotros somos magnánimos, incluso si somos inteligentes, si somos lúcidos, estaremos ayudando a construir a Dios⁽⁵²⁾.

Dios no condena a nadie al infierno. Dios quiere que todos los hombres se salven.

Pero al mismo tiempo Dios ha concedido al hombre el libre albedrío, el terrible privilegio de condenarse al infierno, o de merecer el cielo. El principio del libre albedrío —que la doctrina ortodoxa suspende después de la muerte— otro autor preferido de Borges, Swedenborg, la mantiene hasta después de la muerte. Entonces, hay una región intermedia, que es la región de los espíritus. En esa región están los hombres, están las almas de quienes han muerto, y conversan con ángeles y con demonios⁽⁵³⁾.

«Entonces llega ese momento que puede durar una semana, puede durar un mes, puede durar muchos años, no sabemos cuánto tiempo puede durar. En ese momento el hombre resuelve ser un demonio, o llegar a ser un demonio o un ángel. En uno de los casos merece el infierno. Esa región es una región de valles y luego de grietas. Esas grietas pueden ser inferiores, que comunican con los infiernos; o grietas superiores, que comunican con los cielos. Y el hombre busca, conversa y sigue la compañía de quienes le gustan. Si tiene temperamento demoníaco, prefiere la compañía de los demonios. Si tiene temperamento angelical, la compañía de los ángeles»⁽⁵⁴⁾.

p. 41

El interés de Borges por los ángeles se evidencia en muchas de sus obras, y también lo encontramos entre los libros de su biblioteca personal, como en *Spiritual Unfoldment II. The Ministry of Angels and the Invisible World of Nature* (The White Eagle Publishing Trust).

p. 148

Borges dice que quien quiera una exposición de todo esto, por cierto mucho más elocuente que la de él, la encontrará en el tercer acto de *Man and Superman*, de Bernard Shaw. Señala que es curioso que Shaw no mencione nunca a Swedenborg. Pero presume que Shaw llegó a las mismas conclusiones a través de William Blake, que ensaya la doctrina de la salvación que predice Swedenborg⁽⁵⁵⁾.

Borges reflexiona sobre el «concepto originalísimo» del Cielo y del Infierno que explica ese extraño místico. Advierte que Blake lo repite y Bernard Shaw lo ha resumido vívidamente en el tercer acto de *Man and Superman*⁽⁵⁶⁾.

LA ÉTICA

Se trata de dejar atrás el soborno del cielo. Cuando le pregunté a Borges, en esa entrevista que le hice:

¿Quiere decir entonces que Borges no cree en Dios, en el Dios trascendental de los cristianos por lo menos?

Respondió: No creo en un Dios personal, no creo que haya un Señor al que le preocupe mi conducta y como dije en un soneto me siento indigno tanto del infierno como del cielo. No creo merecer recompensas ni castigos. Desde luego, creo en la ética. Cuando yo obro sé si he obrado bien o mal. Pero para repetir una hermosa sentencia de un personaje de Shaw, he dejado atrás el soborno del cielo.

Borges afirma que la obra de Shaw deja un sabor de liberación. En el prólogo a las obras *César y Cleopatra*, *La comandante Bárbara* y *Cándida*, Borges manifiesta: «Los escritores de nuestro siglo se deleitan en las flaquezas de la condición humana; el único capaz de imaginar héroes fue Bernard Shaw»⁽⁵⁷⁾.

Sabe que los temas fundamentales de ese autor son la filosofía y la ética y por eso también sabe que es natural e inevitable que no sea valorado en Argentina, o que lo sea únicamente en función de algunos epigramas. Al respecto, Borges escribe: «El argentino siente que el universo no es otra cosa que una manifestación del azar, que el fortuito concurso de átomos de Demócrito; la filosofía no le interesa. La ética tampoco: lo social se reduce, para él, a un conflicto de individuos o de clases o de naciones, en el que todo es lícito, salvo ser escarnecido o vencido» (58).

«I try to be an ethical man» ('Trato de ser un hombre ético'), afirmaba Borges en The Royal Society of Arts en Londres en 1983⁽⁵⁹⁾.

UNA CULTURA DEL ENCUENTRO

Son muchos los que en este siglo pretendieron cambiar sociedades enteras, eliminar las desigualdades, desarmar las causas de las guerras, y responder los interrogantes más profundos del ser humano, que tienen que ver con el amor y con el odio, con el bien y con el mal, con el dolor y con el deseo de felicidad, con la muerte y con la posibilidad de la trascendencia, y por tanto de Dios, de ángeles y demonios, del infierno o del paraíso.

A partir de esa búsqueda se generaron las ideologías de la salvación y las utopías. Algunas se construyeron sobre la base de un férreo dogmatismo, con la violencia como método ineludible que permitía la toma del poder político y —desde un Estado autoritario—, decidir sin apelación las acciones de los hombres.

No se buscaba el diálogo. No se aceptaba lo diverso. Lo que valía era la supresión del contrincante, para que solo prevaleciera la ideología oficial. No importaba que murieran millones si lo que se perseguía era la salvación de la humanidad. El cambio vendría de arriba hacia abajo, desde la cúpula de un poder despótico iluminado hacia el común de la gente. La razón debía acomodarse a los dictados de esa ideología. La libertad estaba suspendida por causas de fuerza mayor. Observamos ejemplos claros en el comunismo y en el capitalismo.

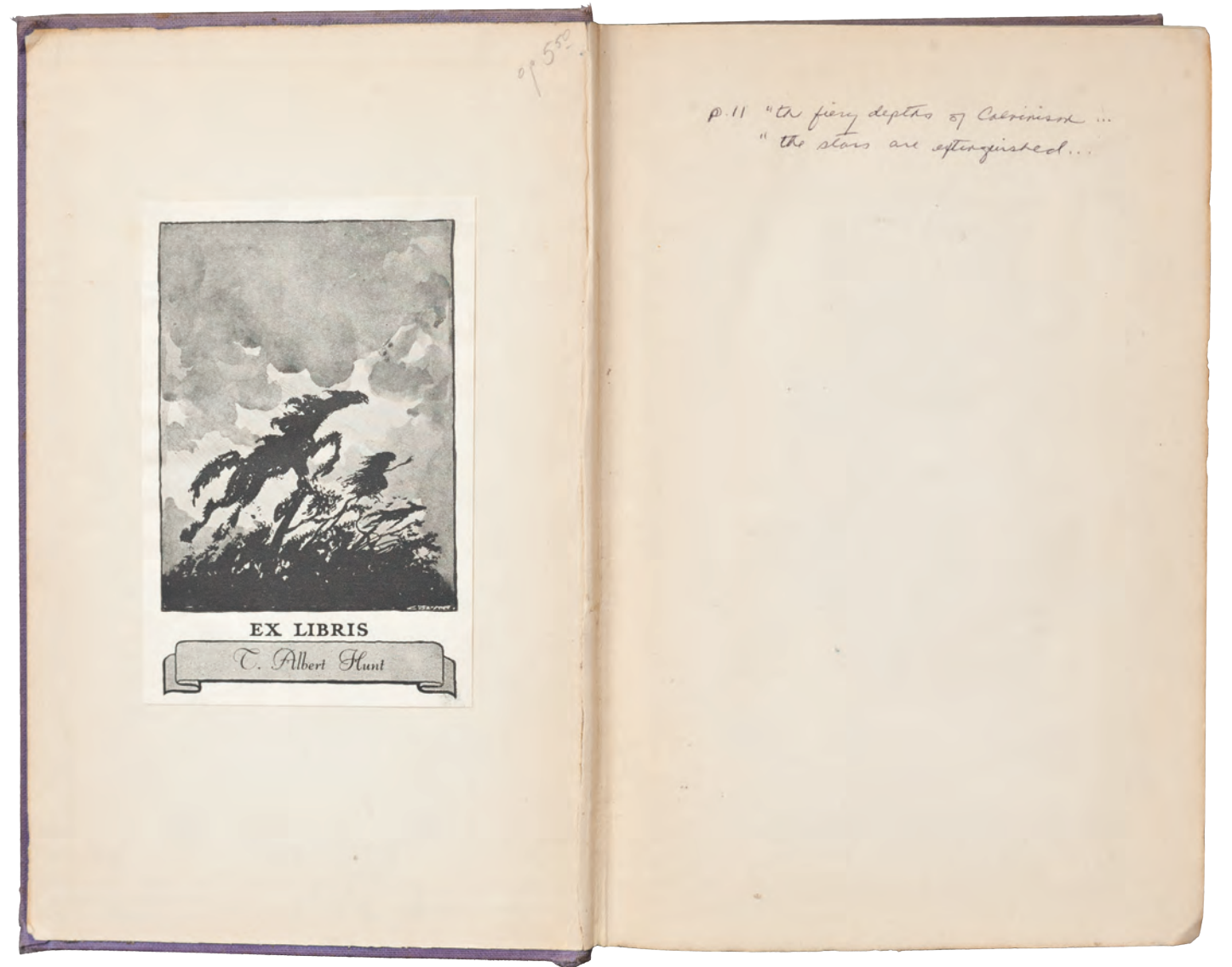
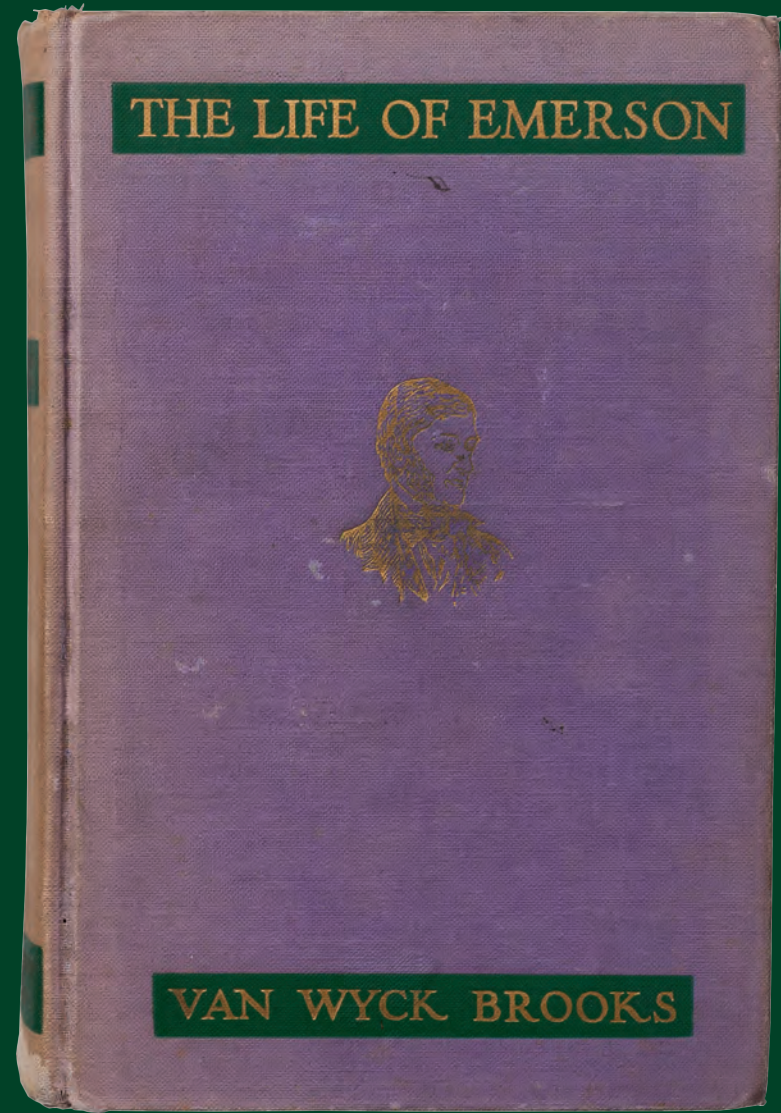
Otra línea parte de los socialistas utópicos, de los anarquistas ultraliberales, no violentos, que descreían del poder del Estado y que llamaban a la sensatez, al uso de la razón y de la libertad, para levantar comunidades en las cuales se apuntara al diálogo, al entendimiento, aquí y ahora, sabiendo que el paraíso o el infierno son posibles en cada instante de la vida y que no es necesario aguardar al futuro para ver la tierra prometida mientras hoy se vive en la hoguera del demonio.

Mientras los primeros avanzaban, destruyendo todo lo que podían, había otros que silenciosamente continuaban con su argumento humanista. Como los reyes de los que escribió Jorge Luis Borges en *Qué es el budismo*, quienes —avergonzados— resolvieron ponerse de acuerdo de manera pacífica y repartir el agua. Poco después llegaron las lluvias y hubo riego para todos⁽⁶⁰⁾. O como Borges imagina en *Los justos*⁽⁶¹⁾ a esas personas que se ignoran y están salvando al mundo.

También Borges en *Los conjurados*⁽⁶²⁾ escribe sobre hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas, que han tomado la extraña resolución de ser razonables, han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades. En el centro de Europa, en Suiza, hicieron crecer una torre de razón y de firme fe. «Mañana serán todo el planeta», profetizó desde allí Borges, y en Ginebra murió, dejándonos un testamento maravilloso en su última obra.

NOTAS

- 1) Jorge Luis Borges. *El idioma de los argentinos*. Seix Barral. 1994.
- 2) Jean Cocteau. *El secreto profesional y otros textos*. Biblioteca personal. Prólogos. Obras completas. Tomo 4. Emecé Editores España. 1996.
- 3) Jorge Luis Borges. *Publio Virgilio Marón: La Eneida*. Biblioteca personal. Ob. Cit.
- 4) Prólogo a *Los últimos días de Emmanuel Kant y otros escritos*. Biblioteca personal. Ob. Cit.
- 5) Prólogo al libro de Robert Louis Stevenson *Las nuevas noches árabes*. Markheim. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 6) En *El libro*. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 7) En el prólogo a libros de ese autor. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 8) Prólogo al libro de Jean Cocteau *El secreto profesional y otros textos*. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 9) En el prólogo. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 10) En el prólogo a sus cuentos. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 11) Borges lo afirma en el estudio preliminar de *Hombres representativos. Prólogos con un prólogo de prólogos*. Obras completas. Tomo 4. Ob. cit.
- 12) En *Textos cautivos*. Obras completas. Tomo 4. Ob. cit.
- 13) En «La Divina Comedia». *Siete noches*. Obras Completas. Emecé Editores. 1989.
- 14) En el comentario de *The Haunted Omnibus*, de Alexander Laing *Textos cautivos*. Ob. cit.
- 15) En el prólogo del libro de William Blake *Poesía Completa*. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 16) *Otras inquisiciones*. Obras completas. Ob. cit.
- 17) Prólogo de *Mystical Works*, de Emanuel Swedenborg. *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Obras completas. Tomo 4. Ob. cit.
- 18) Prólogo a la obra de Fray Luis de León *Cantar de Cantares y Exposición del libro de Job*. Biblioteca personal. Ob. cit.
- 19) «El golem». En *El otro, el mismo*. Obras completas. Tomo 2. Emecé editores. 1974.
- 20) *La rosa profunda* (1975). Obras completas. Ob. Cit.
- 21) *Los conjurados*. Obras completas. Emecé Editores. Obras completas. 1989.
- 22) «La ceguera». *Siete Noches*. Ob. Cit.
- 23) Ídem.
- 24) Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores / Emecé. 1999.
- 25) Editorial San Pablo. 1984.
- 26) Conferencia pronunciada en la Sociedad Hebraica Argentina el 1 de abril de 1985. Publicada en *Clarín* el 27 de octubre de 1988.
- 27) En *Los conjurados*. Ob. Cit.
- 28) Borges. *Fragmentos de un Evangelio apócrifo*. Obras completas. Ob. cit.
- 29) «Prosa y poesía de Almafuerte». *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Ob. cit.
- 30) *Fragmentos de un Evangelio apócrifo*. Ob. cit.
- 31) Ob. Cit.
- 32) Walter Gardini. *Religiones y literatura de Japón*. Editorial Kier. 1995.
- 33) Ob. Cit.
- 34) En *La memoria de Shakespeare*. Obras completas. Ob. cit.
- 35) En *La moneda de hierro*. Obras completas. Ob. cit.
- 36) En el catálogo de la Exposición que se hiciera en París y Buenos Aires, «El universo de Borges», por iniciativa de la Bibliothèque publique d'information, del Centre Pompidou.
- 37) En *La ceguera*. Ob. cit.
- 38) *Nueve ensayos dantescos*. Obras completas. Ob. cit.
- 39) Ídem.
- 40) Ídem.
- 41) Biblioteca personal. Ob. cit.
- 42) *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Ob. cit.
- 43) *Fragmentos de un Evangelio apócrifo*. Ob. cit.
- 44) En *Historia de la noche*. Obras completas. Ob. cit.
- 45) «La Divina Comedia» en *Siete noches*. Obras completas. Ob. cit.
- 46) Ídem.
- 47) Ídem.
- 48) «El Laberinto». En *Atlas*. Obras completas. Ob. Cit.
- 49) Jorge Luis Borges. Nota dictada en un hotel del Quartier Latin. *Atlas*. Obras completas. Ob. cit.
- 50) En *Sobre Oscar Wilde*. Otras inquisiciones. Obras completas. Ob. cit.
- 51) Nota dictada en un hotel del Quartier Latin. Ob. cit.
- 52) «La cábala». *Siete Noches*. Obras completas. Ob. cit.
- 53) «Emanuel Swedenborg». *Borges, Oral*. Obras completas. Ob. cit.
- 54) Ídem.
- 55) Ídem
- 56) Ídem.
- 57) Biblioteca personal. Ob. cit.
- 58) «Nota sobre (hacia) Bernard Shaw». Otras inquisiciones. Ob. cit.
- 59) Jorge Luis Borges. «Borges on Borges». *In memory of Borges*. Constable London in association with the Anglo-Argentine Society. 1988.
- 60) *Qué es el budismo*. Jorge Luis Borges y Alicia Jurado, 1976. Obras completas en colaboración. Emecé. 1997.
- 61) En *La cifra*. Obras completas. Ob. cit.
- 62) En Obras completas. Ob. cit.



JEAN COCTEAU

OBRAS ESCOGIDAS

Prólogo de

JUAN GIL ALBERT

Traducción del francés por

AURORA BERNÁRDEZ, LUIS HERNÁNDEZ ALFONSO,
MIGUEL DE HERNANI, JOSÉ HESSE, JULIO LAGO
y ENRIQUE LÓPEZ MARTÍN

CON 140 ILUSTRACIONES



TOLLE, LEGE

AGUILAR

SEVEN PILLARS OF WISDOM



T. E. LAWRENCE

LONDON: WORLD BOOKS

Jorge Luis Borges ↓ 1939, Buenos Aires-

Their quistness made the dark darker - 623-

our comic reproductive processes - 356- of 508.

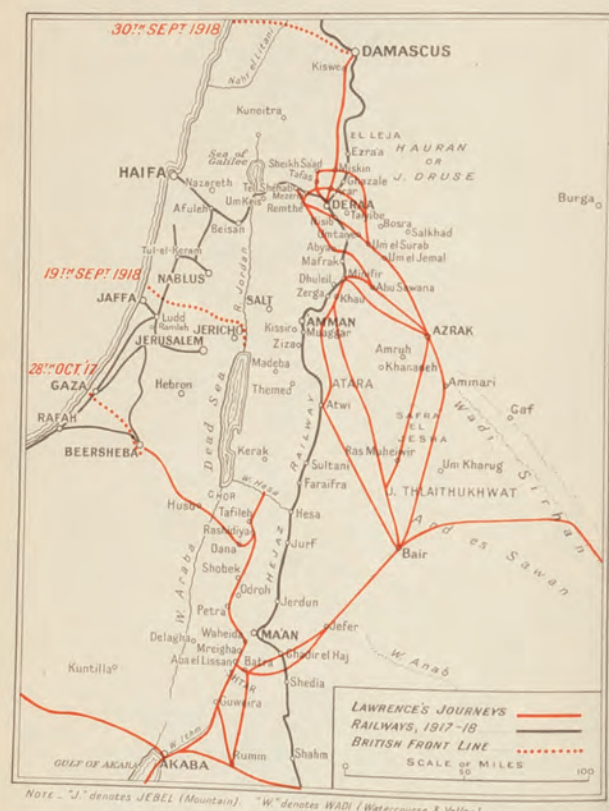
una vindicación del fracaso - 421 (cf. Almafuerte).

H
tion
mil
rev
per
of
La
of
dro
Sy
De
of
de
tal
ad
in
ar

*Habia una certidumbre en la degradacion - 581 -
I asked how they could look with pleasure on children... 508.
Sleep remained for me the richest pleasure... 477.
While we rode we were dislodged... 477.
To recognize our possession of bodies... 584. Cf. Inge; Plinius, I, 114.
and here, for the first time... 655.*

V
w
c
fi
r
i
c
a

H
tion
mil
rev
pers
of I
Law
of
drov
Syria
Dan
of dese
talk
adve
inter
and



While
with
copie
friend
releas
issue
comp
at the

CHAPTER LXI

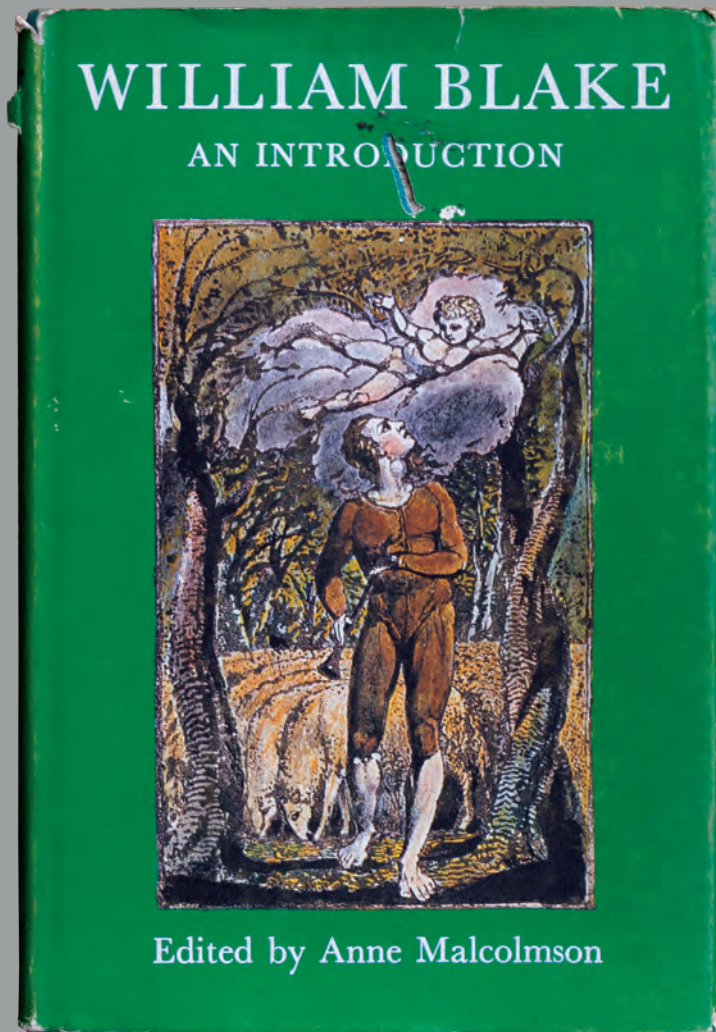
LEWIS, the Australian, at such an ambitious moment, said that he and Stokes would like to be of my party. A new, attractive idea. With them we should feel sure of our technical detachments, whilst attacking a garrisoned place. Also, the sergeants wanted to go very much, and their good work deserved reward. They were warned that their experiences might not at the moment seem altogether joyful. There were no rules; and there could be no mitigation of the marching, feeding, and fighting, inland. If they went they would lose their British Army comfort and privilege, to share and share with the Arabs (except in booty!) and suffer exactly their hap in food and discipline. If anything went wrong with me, they, not speaking Arabic, would be in a tender position.

Lewis replied that he was looking for just this strangeness of life. Stokes supposed that if we did it, he could. So they were lent two of my best camels (their saddle-bags tight with bully-beef and biscuits) and on September the seventh we went together up Wadi Itm, to collect our Howeitat from Auda in Guweira.

For the sergeants' sake, to harden them gently, things were made better than my word. We marched very easily for to-day, while we were our own masters. Neither had been on a camel before, and there was risk that the fearful heat of the naked granite walls of Itm might knock them out before the trip had properly begun. September was a bad month. A few days before, in the shade of the palm-gardens of Akaba beach, the thermometer had shown a hundred and twenty degrees. So we halted for midday under a cliff, and in the evening rode only ten miles to camp for the night.

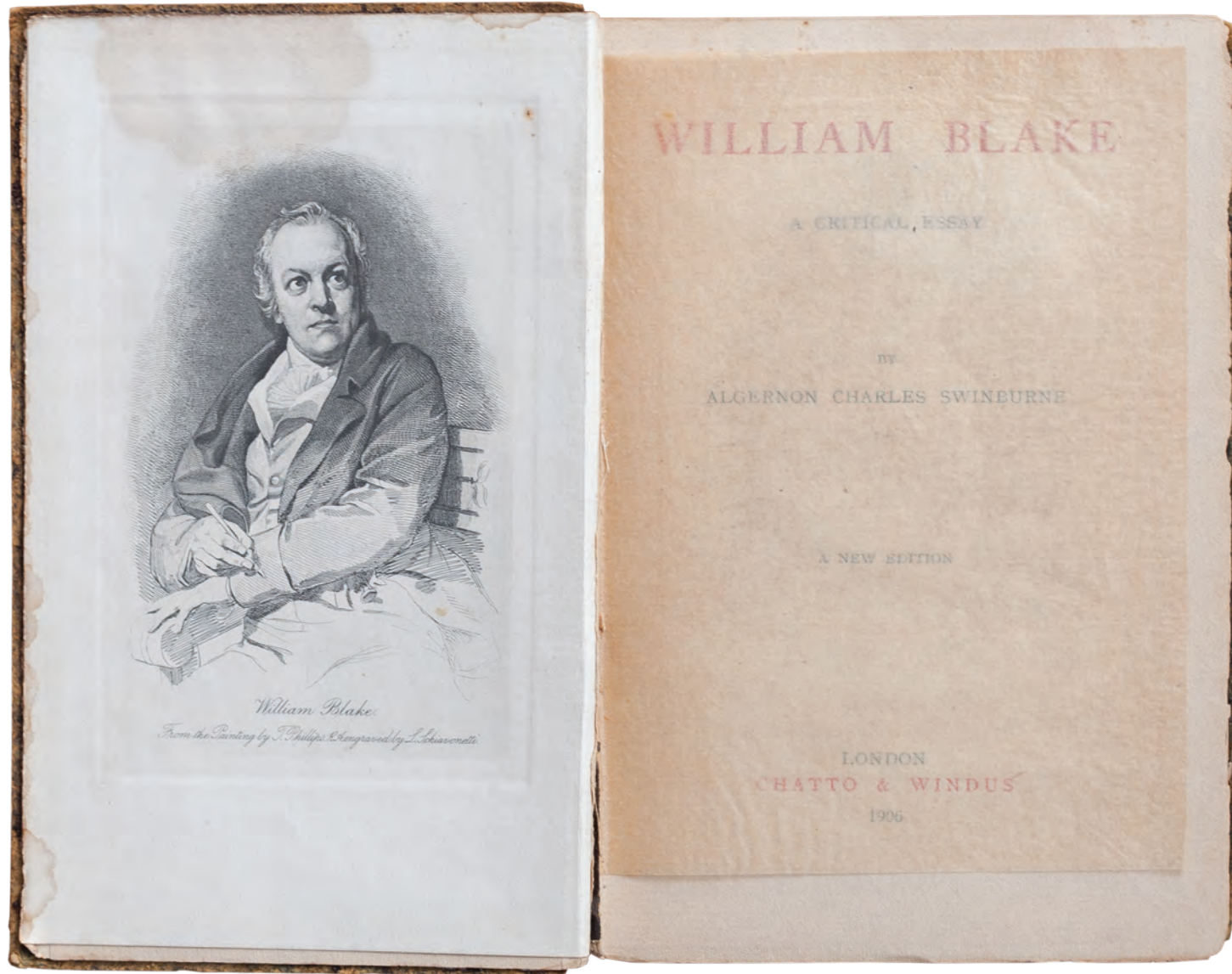
We were comfortable with cans of hot tea, and rice and meat; and it was covertly enjoyable to watch the percussion of their surroundings on the two men. Each reacted to the type expected.

The Australian from the first seemed at home, and behaved freely towards the Arabs. When they fell into his spirit, and returned the fellowship, he was astonished: almost resentful: having never imagined



Di questa prima edizione dei
Canti dell'innocenza e dell'esperienza
di William Blake sono state stampate
millecinquecento copie su carte speciali
della Cartiera di Valsugana
di fabbricazione riservata per la nostra casa.
Le copie da uno a cento sono numerate
e accompagnate da una acquaforte/acquatinta
appositamente realizzata da Simon Hart
che ha riprodotto in esclusiva, e con rara maestria,
il frontespizio originale della prima edizione inglese
disegnato da William Blake stesso.
Le prime cinquanta sono dedicate ad personam
e costituiscono esemplari unici ed irripetibili.

Questo esemplare numero nove
è stato pensato e realizzato per
Jorge Luis Borges



Jorge Luis Borges | 1930, Adrogue -

la piedra de la noche - p. 270 -
 el padre de los antiguos hombres - p. 130 -

